Año XXI. | **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** | Num. 36.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

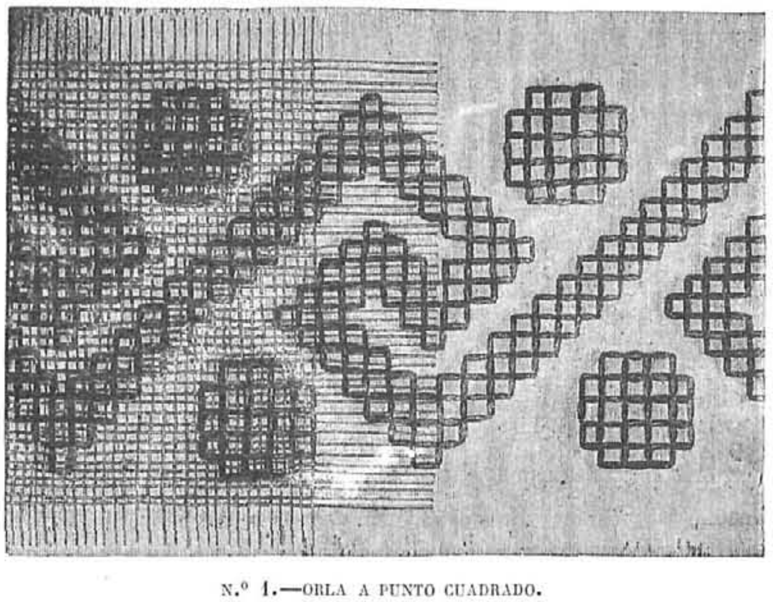
PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Cuatro orlas á punto cuadrado.—Tres orlas á punto ruso.—Orla de trencilla.—Tirador de campanilla.—Tocado fanchon de tul negro.—Cuello Emperatriz (guipur de Irlanda).—Pablo Antonio de Olavide.—Hojas sueltas.—El ciego de los valles.—El doctor Antonio.—Revista de Cádiz.—Explicacion del figurin iluminado.—Logogrifo.—Solucion del geroglífico anterior.

Cuatro orlas á punto cuadrado.

Este punto es una variedad del punto ruso; se le ejecuta en piqué, mahon, fulard, alpaca, y hasta tafetan.

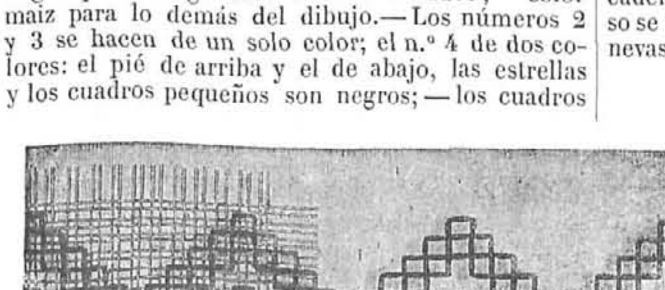
En lo bajo del trage que se quiere bordar se pone una tira de canevas, sobre la cual se ejecuta uno de los dibujos; los puntos se hacen sobre dos hilos del canevas, y cada cuadro se compone de dos puntos atravesados y de dos perpendiculares. Para facilitar la ejecucion de esta labor, el dibujo representa una parte de la orla sobre el canevas y otra sobre la tela, tal como queda despues que, una vez terminado el dibujo, se quitan los hilos del canevas, cortándolos de trecho en trecho y tirando de ellos suavemente. Para hacer esta labor puede utilizarse la mayor parte de los dibujos publicados en nuestra coleccion para bordarse al zurcido sobre red.



N.° 1.—ORLA A PUNTO CUADRADO.

La orla n.° 1 se hace en piqué blanco, con lana negra para los grandes cuadros aislados;—color maiz para lo demás del dibujo.—Los números 2 y 3 se hacen de un solo color; el n.° 4 de dos colores: el pié de arriba y el de abajo, las estrellas y los cuadros pequeños son negros;—los cuadros grandes, encarnados. Se comprende que, para hacer estas orlas mas ó menos anchas, basta escoger canevas mas ó menos grueso; así para las mangas y el corpiño, se buscará canevas mas fino que el empleado para la parte de abajo de la enagua.

Pueden tambien ejecutarse estas orlas á punto de cadeneta para trages de lana ó de seda; en este caso se los dibujará sobre la tela, sin emplear el canevas.



N.° 2.—ORLA A PUNTO CUADRADO.

Tres orlas á punto ruso.

Hemos explicado este punto en el número 25 de nuestro periódico correspondiente al año actual, habiéndosenos pedido otros dibujos de la misma especie, nos apresuramos á satisfacer este deseo de nuestras lectoras.

Si se quieren adornar vestidos de niños, se pueden ejecutar estos dibujos en estilo oriental, esto es, con torzal de seda de muchos colores; así, el n.° 1, para trage y chaqueta de niño, se hace del modo siguiente: el pié de arriba y el de abajo es maiz, teniendo en el medio una costura punteada (punto atrás), azul aciano; los festones del centro son maiz, hechos á punto de espina, y de feston; los grupos de tres bucles son encarnados para los de los lados;—el de en medio es blanco. El dibujo se ejecuta sobre fulard color castaño.

El n.° 2 tiene, por cada lado, una costura en cruz, hecha con seda maiz, terminada, *en el interior*, por tres puntos punzó; el medio es de seda azul, los puntos mas claros, amarillo de oro.

El n.° 3 tiene dos costuras en cruz hechas de color maiz; los tres puntos mas oscuros de estas costuras son azul aciano;—los puntos aislados, rojos. El centro es amarillo de oro, las cruces al sesgo, verdes; los bucles de en medio, alternativamente blancos y encarnados.

Para vestidos de señoras, se harán estas orlas de muchos puntos *de un solo color*; puede sustituirse lana muy fina al torzal de seda.

Orla de trencilla.

Una trencilla negra y blanca se cose en festones, y rodea por uno y otro lado á una costura (á punto ruso), cuyos puntos se disponen en forma de trenza, ejecutada con torzal de seda violeta, puesto doble; los lunares aislados se hacen con la misma seda.

Tirador de campanilla.

MATERIALES.—Paño punzó; papel-canevas (papel Bristol perforado) de

N.° 3.—ORLA A PUNTO CUADRADO.

© Biblioteca Nacional de España

mediano grueso; cuentas de acero blancas de cristal y blancas opacas; pajitas de acero; cordoncillo de oro; cuentas negras huecas.

Este dibujo, de efecto rico y de ejecucion pronta, representa una parte del tirador en tamaño natural.

Se trazan sobre papel-canevas (véase la parte inferior del dibujo que representa el papel no bordado aun) los contornos del dibujo, despues se le borda con cuentas de acero, cuentas blancas de cristal y cuentas blancas opacas. El dibujo indica, no solo el *número de cuentas*, sino tambien las diferentes tintas y las diferentes cuentas empleadas. Haremos observar solamente que en los cuadros al sesgo hay 4 filas de cuentas, y que las dos de en medio se componen de blancas de cristal. Cuando se ha cocluido el bordado, se corta el papel-canevas hasta las últimas filas de agujeritos, despues se *reune el dibujo juntando sus diferentes partes* sobre el paño encarnado, y cosiéndolas en sus respectivos sitios. El paño se ha recortado por un lado y otro con el sacabocados, y en cada feston se coloca una especie de roseta hecha con cuentas de acero, de cristal y cuentas opacas; en el interior del dibujo se hacen, bordadas sobre el espresado papel, rosetas formadas con pajitas de acero, y cruces con cordoncillo de oro, en cuyo centro *se pone una cuenta* negra hueca.

Cuando el objeto se ha terminado, se le forra de percalina, cubierta con un pedazo de tela de seda. La parte por donde se ase es de cristal tallado. El fondo puede ser verde ó azul, segun el mueblaje de la sala.

Tocado fanchon en tul negro.

MATERIALES.—Tul negro de seda; seda negra plana; seda negra fina de coser; 4 borlas de seda negra rizada.

Dos dibujos se consagran á este tocado; el n.º 1 le representa entero, de tamaño reducido; el n.º 2 es un poco mas de la mitad en tamaño natural. Se compone de dos partes; la de arriba, terminada por *festones muy pronunciados, separados por* borlas ligeras. La parte inferior no se borda debajo de la superior; las florecitas se llenan al pasado; las flores grandes tienen solamente señalados sus contornos por medio de un ancho borde al pasado. El resto del dibujo se hace á punto de cadeneta (antiguo bordado al tambor); las diversas tintas del dibujo son producidas por el empleo de la seda fina y de la seda mas gruesa. El borde del tocado se guarnece con piquillos de seda negra (que puede hallarse en los almacenes), ó bien con un encage negro muy estrecho, puesto plano. Este borde se festonea y se recorta antes de poner el encage. Puede ejecutarse el tocado en tul blanco, muselina blanca etc.

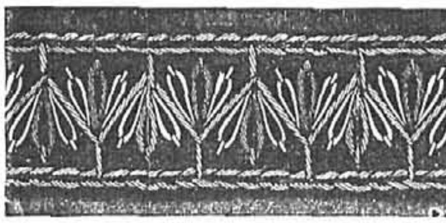
Cuello Emperatriz (Guipur de Irlanda).

MATERIALES. — Algodon del n.º 90 (para crohet), algodon de bordar.

La explicacion y la ejecucion de este cuello son muy fáciles; se compone de hojas y de especies de tallos, semejantes entre sí.

Se toma algodon del n.º 90, y se hace *una cadeneta de 24 puntos. Aqui* haremos una pausa para explicar los términos que se van á emplear; la labor se hace de ida y vuelta, y en la parte rellena de las hojas se hacen, en lugar de puntos, medias bridas. Una media brida se forma echando la hebra sobre el crochet, como si se tratase de hacer una brida; se pica este en seguida en un punto de la vuelta anterior; se toma la hebra con el crochet, se la pasa á la vez en los tres bucles que se hallan sobre el expresado crochet.

1.ª *vuelta* de la hoja.—En cada uno de

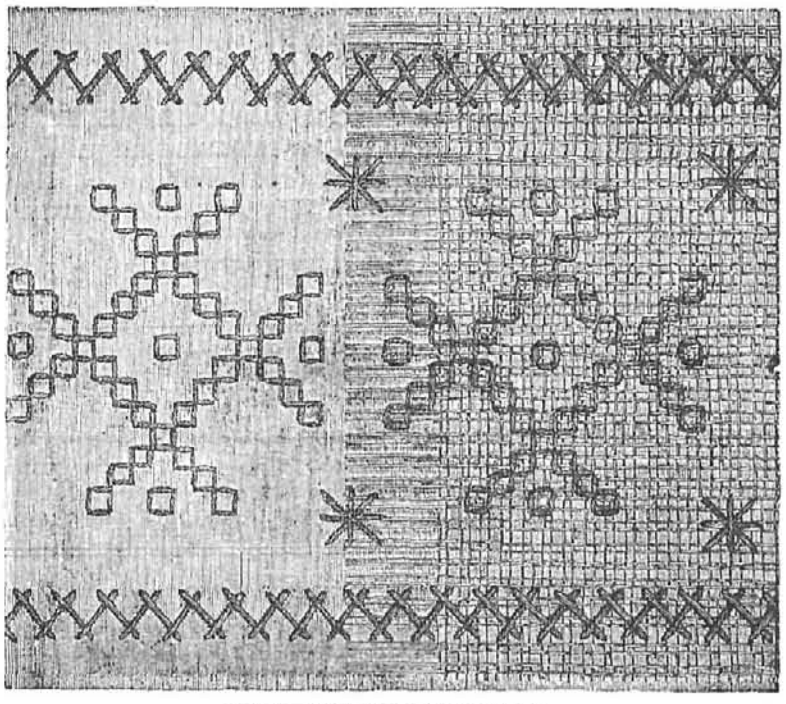


N.º 1.—ORLA AL PUNTO RUSO.

los 24 puntos se hace una media brida.

2.ª *vuelta.*—Compone el borde inferior de la mitad de una hoja; se hace de puntos sencillos sobre el otro lado de la cadeneta; al fin de esta vuelta se hace el primer pequeño feston, para el cual se forman muchos puntos en uno, y un punto sencillo en *cada uno de los 2 siguientes que pertenecen á la 1.ª* vuelta.

3.ª *vuelta.*—3 puntos en el aire para preparar el pequeño feston; se vuelve atrás, y se hace una media brida en cada uno de aquellos puntos en el aire y de los 22 siguientes; en esta vuelta y las posteriores, se pica siempre el crochet en la parte de *detrás* de los puntos de la vuelta anterior.



N.º 4.—ORLA AL PUNTO CUADRADO.

4.ª *vuelta.*—Medias bridas: al fin se vuelve la labor, y se completa el 2.º pequeño feston haciendo 2 ó 3 puntos en uno solo; despues, sobre las 3 últimas medias bridas que se han hecho, puntos sencillos, ó mejor todavía, puntos-cadenetas.

5.ª *vuelta.*—Se hace una de las 3 venas caladas; 7 puntos en el aire, y en la media brida mas próxima una brida doble (para la cual se hecha dos veces la hebra sobre el crochet), en seguida 4 bridas dobles,—4 sencillas;—una media brida, entre cada una de las cuales se hacen dos puntos en el aire. Al principio de la vuelta, debajo de 2 puntos en el aire, se pasan 2 puntos de la vuelta anterior.—hácia el medio de la hoja, debajo de 2 puntos en el aire, no se pasa mas que uno, de modo que queden todavía 5 ó 6 *puntos de la vuelta anterior* despues de que se ha hecho la 2.ª brida. Para cada brida de esta vuelta se pica siempre el crochet en el punto entero de la vuelta que precede.

ORLA DE TRECILLA.

6.ª *vuelta.*—Los puntos no llenos de la 4.ª vuelta quedan libres; se vuelve la labor, y se hacen 3 medias bridas sobre los 2 puntos en el aire que se *hallan entre* las bridas de la anterior vuelta; 10 puntos sencillos sobre los 7 en el aire hechos al *principio de la vuelta que precede;* se vuelve sobre estos 10 puntos haciendo 10 puntos-cadenetas, y, entre el 5.º y el 6.º, un piquillo (pequeño bucle compuesto de 4 puntos en el aire, el último de los cuales se reune al 10).

7.ª *vuelta.*—Como la 3.ª; al fin se hace una media brida en cada uno de los puntos (que han quedado vacío) de la 4.ª vuelta.

8.ª *vuelta.*—Como la 4.ª

En las 9.ª y 10.ª vueltas se hace un feston como en las 7.ª y 8.ª; se dejan en el borde inferior de la hoja algunos puntos vacíos, como en las vueltas 5.ª y 6.ª; se trabaja sobre estos puntos en la 11.ª vuelta; esto forma una hoja, que se estrecha hácia abajo, y se extiende en forma de abanico por el lado opuesto.—Despues de haber hecho en las vueltas 11.ª y 12.ª un punto igual á los anteriores, no se *hacen puntos en el aire para preparar un nuevo* feston, sino se vuelve atrás con medias bridas; en la vuelta anterior, y cuando esto se ha concluido, se hacen 8 á 9 puntos en el lado estrecho, interior de la hoja, de modo que la vuelta 13.ª se termine completamente sobre el borde exterior (inferior). Se vuelve la labor, y se hace una media brida en cada media brida de la vuelta 13.ª; despues, para preparar el feston y la vena del medio, se hacen 11 *puntos en el aire,* y en el 8.º de estos puntos la primera brida doble, se hacen todavía 7 bridas dobles, — 8 sencillas, — una media brida, entre cada una de las cuales se hacen, como en la otra vena, 2 puntos en el aire; en esta vuelta se pica siempre el crochet bajo el punto entero; despues de la media brida quedan *todavía* 8 á 9 puntos de la vuelta anterior; se los deja vacíos.—En la vuelta siguiente se hacen 3 medias bridas sobre los 2 puntos en el aire colocados entre las bridas; sobre los 7 puntos en el aire de la punta de la vena del medio se hacen 10 puntos sencillos; sobre los 2 puntos en el aire siguientes otros 3 puntos sencillos, se reune este feston por medio de un punto-cadeneta con el feston *de la vuelta anterior y se vuelve la labor;* sobre cada uno de los 18 puntos siguientes, un punto sencillo,—despues un piquillo,—sobre cada uno de los 8 puntos siguientes un punto sencillo.

Para preparar el feston de la otra mitad de la hoja se hacen 3 puntos en el aire;—se vuelve atrás con medias bridas para esta vuelta y la siguiente;—se completa el feston como el anterior, pero en vez de 3, se hacen 5 ó 6 puntos sen*cillos sobre las últimas bridas de la vuelta anterior,* á fin de que los festones de esta mitad vayan encontrados con la de la mitad precedente; en este lado se repite todo lo explicado hasta aqui.—La última vuelta de la hoja (puntos sencillos) se termina en el sitio en que comienza el tallo; corresponde con el primer punto de la 1.ª vuelta. — Del mismo modo se hacen todas las hojas; *cuando se terminan,* se adornan con lazos ó lunares, hechos con algodon de bordar.—Terminada una hoja, se principia el tallo (sin cortar el algodon); aquel se hace recto, y solo se pliega en forma de lazo cuando se disponen las hojas para formar el cuello. Para este tallo se forma una cadeneta de 50 puntos, sobre los cuales se vuelve haciendo 50 bridas; se rodea este tallo con una vuelta de puntos sencillos, y el *último de ellos* se liga á la hoja.

De este modo se hace el número de hojas y tallos necesarios para un cuello, despues las hojas sin tallos y los tallos sin hojas.—En fin, hay tambien una hoja mas pequeña, hecha como las demás, pero con menos puntos. El fondo de guipur calado que liga todos estos detalles se hace como de costumbre; se compone

N.º 2.—ORLA AL PUNTO RUSO.

N.º 3.—ORLA AL PUNTO RUSO.

© Biblioteca Nacional de España

de cadenetas hechas con puntos en el aire; sobre las cuales se vuelve con puntos sencillos, colocando de trecho en trecho los piquillos que caracterizan el guipur. Cuando dos hojas se tocan, se cosen las extremidades juntas; la abertura del cuello se termina por dos vueltas de puntos sencillos. Cada uno de los lazos ó lunares que adornan las hojas y los tallos se compone de 2 ó 3 puntos hechos con algodon de bordar del n.° 25.

PABLO ANTONIO OLAVIDE.

I.

Querido amigo: la deuda de gratitud que contigo tengo contraida me obliga á dedicarte estas líneas para decirte que me encuentro bien aquí; que estoy contínuamente de caza, en los ratos que me deja libre el cumplimiento de mi deber, y que amo ya este país, que me recuerda á cada instante la azarosa vida del gran Olavide. Me llaman para una consulta grave, y solo puedo desearte que seas tan feliz como es tu amigo—*Pepe*.— Carolina 20 de Octubre de 1860.

He ahí la carta con que en una mañana hermosa y templada me saludó el cartero, y asegurándome en la idea, ya antigua en mi pensamiento de que la amistad no es una cosa rara, ni menos una utopia.

Pepe es todo un buen muchacho: terminada con lucimiento su carrera de medicina, se ha encerrado en el estrecho círculo de un pueblo de Sierra-morena, y aspira en él á estudiar lo suficiente para que se le aprecie algo en la corte.

Pero su carta hubiera pasado desapercibida hasta llegar la época de su contestacion, á no ser por el nombre que citaba, como muy ilustre y conocido y que yo, hablando con franqueza, apenas habia oido pronunciar, y menos con relacion á la linda colonia de Cárlos 3.°

Mi espiritu antojadizo, quiso darme á conocer la vida de ese hombre á quien me unia el recuerdo de la carta, y que era ya una cuestion de honra para mi pensamiento.

Sin embargo las primeras diligencias fueron inútiles, y ya empezaba á desesperar de su buen éxito, cuando recordé incidentalmente que mi héroe habia sido español, y lo que es peor figurado en España. Busqué, pues con ardor todas las obras extranjeras que tratasen de grandes hombres y al poco tiempo me hallé con la asendereada vida de D. Pablo Olavide.

Entonces escribí una apremiante carta á mi amigo Pepe para que me remitiese en el momento nuevos datos biográficos, y tan bien supo cumplir su encargo, que las cartas eran la biografía mas completa, que hubiera yo podido compaginar.

—Helas, pues, aquí.

II.

Querido amigo: me pides noticias de Olavide, justamente cuando acabo de dar cima á la tarea que me impuse desde mi llegada á este pueblo, y que tiene por objeto pasar exactamente las virtudes y los vicios del grande hombre, en comparacion con las virtudes y vicios de su época,

En su consecuencia creo firmemente que el hombre de estado del siglo diez y ocho, era un gran talento como los que no muy de tarde en tarde produce nuestro hermoso suelo. Sin embargo el clima en que naciera, su opulenta y mimada educacion, su apostura, gallardía y demás prendas físicas y su inmensa fantasía, le condujeron al exagerado culto de los placeres sensuales que un esceso de trabajo intelectual, hubiera evitado sin duda alguna.

Pero no eran sus placeres epicuristas, y groseros como los de Voltaire, ni menos faltos de pudor y de vergüenza como los de Aretino.

Todo lo que emana de su poética imaginacion lleva un tinte especial de buen tono y delicadeza, que atrae insensiblemente, y hace olvidar el objeto á que se dirije, para admirar el medio que se emplea.

Las circunstancias especiales de su siglo, unidas á esta conocida causa, produjeron despues los extravíos, que tan hondamente deploró al fin de su vida, despues de expiarlos durante toda ella, con horribles dolores.

Y este juicio ligero, tal como permite la índole de una carta, lo verás confirmado en su biografía.

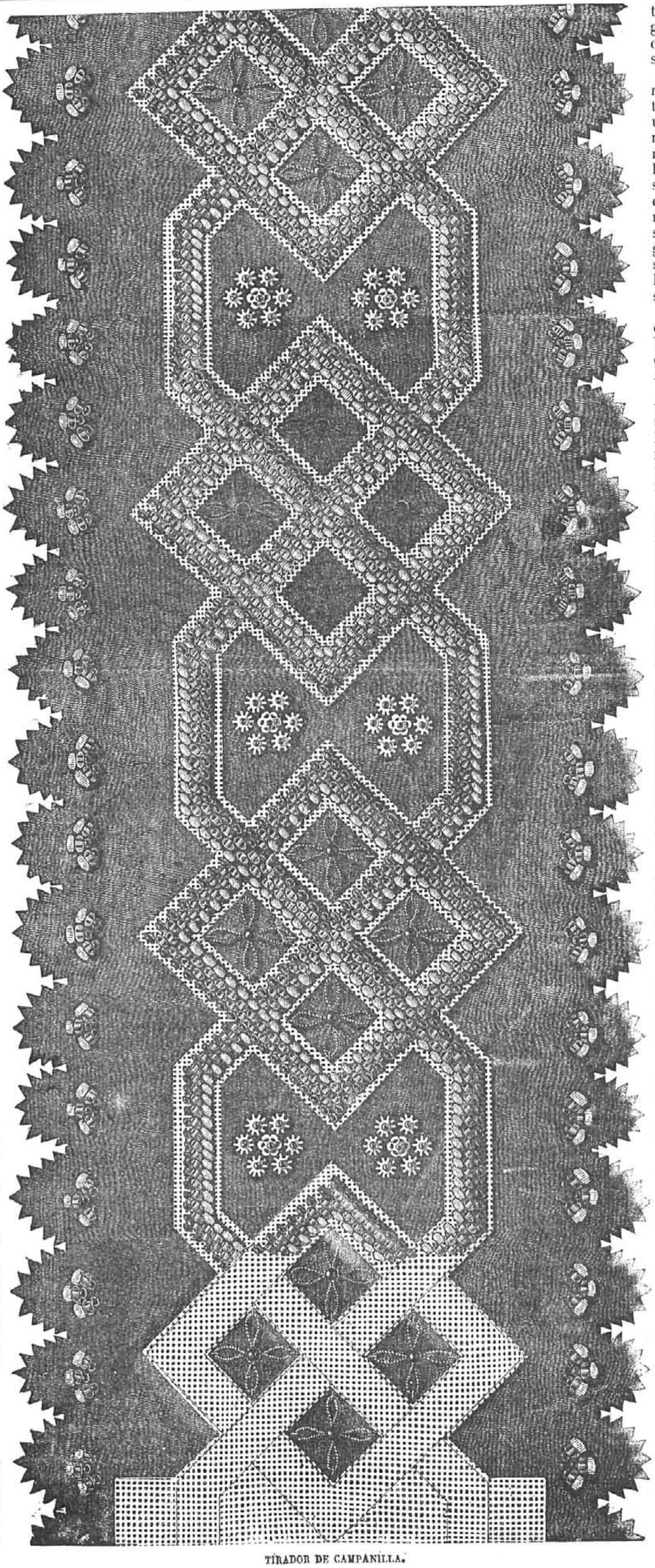
Olavide, en nuestro siglo y en nuestra sociedad no hubiera exagerado sus doctrinas, que en parte podian hoy admitirse, ni chocado con el espíritu de la época, ni aun desarrollado en tan gran escala su aficion á los placeres, que nuestras costumbres escudriñadoras, no toleran en un hombre de cierta fama pública y política.

Nacido en 1725, y en un pueblo tan ardiente como Lima, no pudo menos de ser lo que fué lo mismo en la carrera política, que en cualquiera otra á que hubiera dedicado su vida.

La energía intelectual y la copia de pensamientos, que fué el lema de su vida empezó á desarrollarse desde su nacimiento. Como se ha dicho muy bien, el sol de Lima no pudo adormecer su inteligencia, aunque lograra adormecer sus sentidos. Por eso el niño emprendió muy temprano el estudio de la literatura, y dió pocas, pero indestructibles muestras de lo que hubiera podido ser el hombre de imaginacion y de sentimiento. Pero su espíritu ambicioso y su inteligencia siempre activa, le enseñaron otro camino, mas conveniente á sus proyectos. El mando, la política combinadora, la lucha, y las grandes emociones que lleva consigo el poder, inflamaron las pasiones del jóven, que acudieron solícitas al primer llamamiento de su imaginacion.

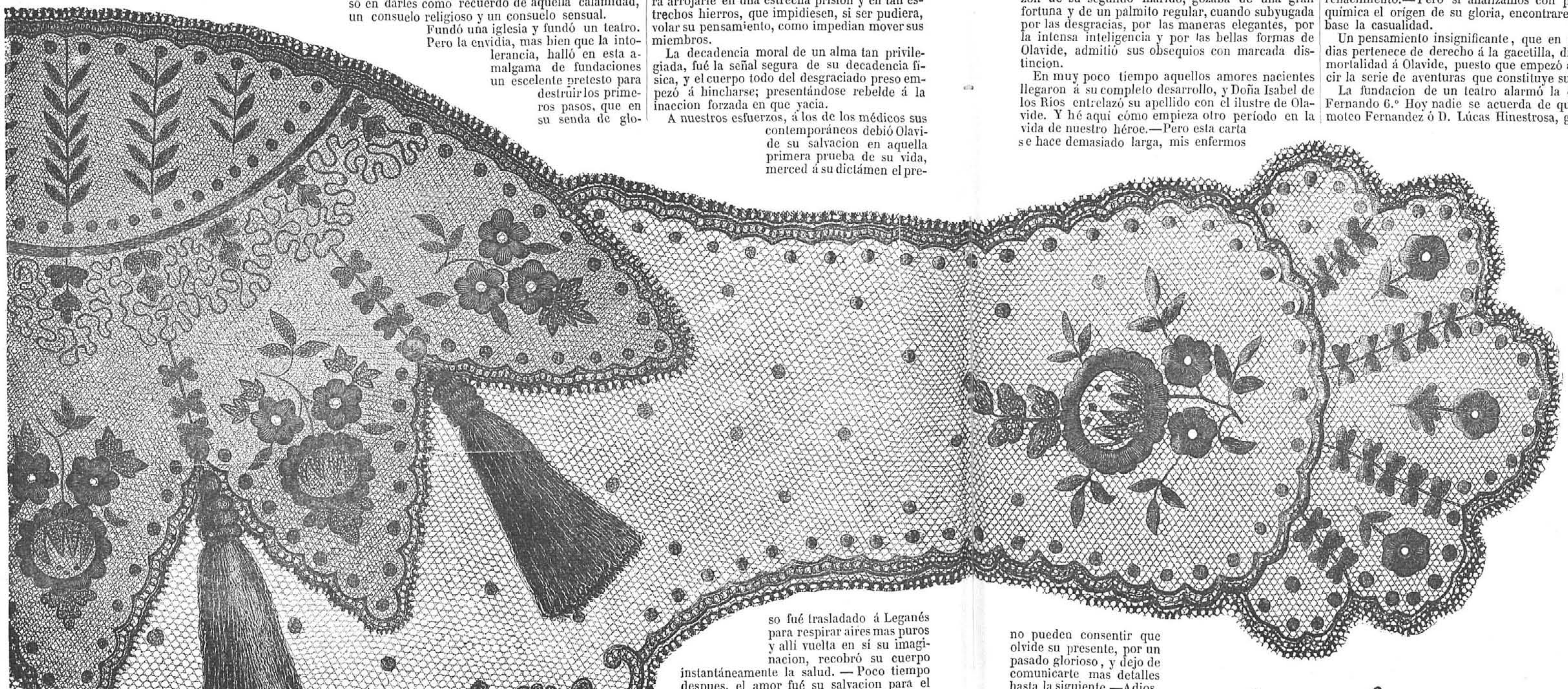
Su grande influencia le colocó á los veinte años en el gobierno de Lima, que sostenia cumplidamente, atrayendo la confianza unánime de sus compatriotas, y velando por la conservacion de los grandes capitales, que se entregaban á su probidad.

Pero llegó el año de 1740: aquel año terible para el Callao, en que la vírgen América hacia



TIRADOR DE CAMPANILLA.

© Biblioteca Nacional de España



N.º 2.—TOCADO FANCHON EN TUL NEGRO.

el último y desesperado esfuerzo, para arrojar de su seno á sus conquistadores.

El terrible terremoto, omnipotente voz de aquella extraña fuerza, desconocida para los sabios, arruinó la mayor parte de la poblacion.

Y entre las muchas personas que habian descendido de la opulencia, á un sepulcro ignorado se encontraban algunas, sin herederos, y cuyos capitales custodiaba Olavide.

El celoso magistrado, que tenia precisamente que disponer de aquellas sumas, y que ansiaba proporcionar grandes beneficios á sus conciudadanos, pensó en darles como recuerdo de aquella calamidad, un consuelo religioso y un consuelo sensual.

Fundó una iglesia y fundó un teatro. Pero la envidia, mas bien que la intolerancia, halló en esta amalgama de fundaciones un escelente pretesto para destruir los primeros pasos, que en su senda de gloria daba el jóven.— La timorata conciencia del buen Fernando 6.º, esplotada hábilmente, no pudo consentir, segun el dicho de sus consejeros, que se igualasen de un modo tan profano el templo de Dios, y el de las licencias cortesanas, el retiro de la oracion, y el brillo de la impureza de costumbres.

Y Olavide fué preso y conducido á Madrid, para arrojarle en una estrecha prision y en tan estrechos hierros, que impidiesen, si ser pudiera, volar su pensamiento, como impedian mover sus miembros.

La decadencia moral de un alma tan privilegiada, fué la señal segura de su decadencia física, y el cuerpo todo del desgraciado preso empezó á hincharse; presentándose rebelde á la inaccion forzada en que yacia.

A nuestros esfuerzos, á los de los médicos sus contemporáneos debió Olavide su salvacion en aquella primera prueba de su vida, merced á su dictámen el preso fué trasladado á Leganés para respirar aires mas puros y allí vuelta en sí su imaginacion, recobró su cuerpo instantáneamente la salud. — Poco tiempo despues, el amor fué su salvacion para el porvenir, como la enfermedad habia sido su salvacion para el presente.

Doña Isabel de los Rios era una mujer como todas, impresionable, con una imaginacion atrevida y ardiente, con una esquisita sensibilidad y con grandes inclinaciones hácia la vida conyugal.—Viuda á la sazon de su segundo marido, gozaba de una gran fortuna y de un palmito regular, cuando subyugada por las desgracias, por las maneras elegantes, por la intensa inteligencia y por las bellas formas de Olavide, admitió sus obsequios con marcada distincion.

En muy poco tiempo aquellos amores nacientes llegaron á su completo desarrollo, y Doña Isabel de los Rios entrelazó su apellido con el ilustre de Olavide. Y hé aquí cómo empieza otro período en la vida de nuestro héroe.—Pero esta carta se hace demasiado larga, mis enfermos no pueden consentir que olvide su presente, por un pasado glorioso, y dejo de comunicarte mas detalles hasta la siguiente.—Adios.—Carolina 30 de octubre de 1860.

III.

Bien, dije yo al terminar la lectura de la anterior carta. Veo que mi héroe es un hombre digno de la edad media ó del renacimiento.— Pero si analizamos con paciencia química el orígen de su gloria, encontraremos por base la casualidad.

Un pensamiento insignificante, que en nuestros dias pertenece de derecho á la gacetilla, dió la inmortalidad á Olavide, puesto que empezó á producir la serie de aventuras que constituye su vida.

La fundacion de un teatro alarmó la corte de Fernando 6.º Hoy nadie se acuerda de que D. Timoteo Fernandez ó D. Lúcas Hinestrosa, gobernador de la provincia tal ó cual, haya fundado uno, dos ó dos mil teatros, y lo que mas, una, dos ó cien inclusas.—De todo esto deducimos en buena lógica que la fama depende directa y exclusivamente de la casualidad.

O lo que es lo mismo, que los grandes efectos provienen siempre de pequeñas causas.

Es por tanto una verdad la filosofía de Alfonso Karr.

Un pié movido fuera de tiempo puede ser la causa de nuestra muerte.—Una sola sílaba ha dado á muchos hombres la inmortalidad.

Meditad en el SÍ y el NO!

Y bien mirado esta filosofía es una filosofía como otra cualquiera. Podrá ser que en último resultado no quiera decir nada, ó que nos conduzca al fatalismo.

N.º 1.—TOCADO FANCHON EN TUL NEGRO.

Pero ahí tenemos á todos los filósofos antiguos y modernos: Bacon y Descartes, modificadores de Aristóteles y Platon: á Loke y Condillac, entusiastas por los sentidos: á Kant, Hegel, y Kráuse, muy amigos del pensamiento: á Hobbes, partidario del látigo: á De Maitre, Epicuro, Zenon, Fourrier..... qué se yo qué mas.

¿Y qué concluyen por decirnos todos? que las cosas suceden porque.... *suceden*: que ellos tienen talento: que todo el que tenga tres dedos de frente, debe por fuerza conocer sus teorías, y que si el mundo no se halla mejor con sus doctrinas, al menos sabe lo que es DUDA, ESCEPTICISMO Y ATEISMO.—Yo sin embargo soy de la filosofía espiritualista.

Pero prosigamos con las cartas de mi amigo.

IV.

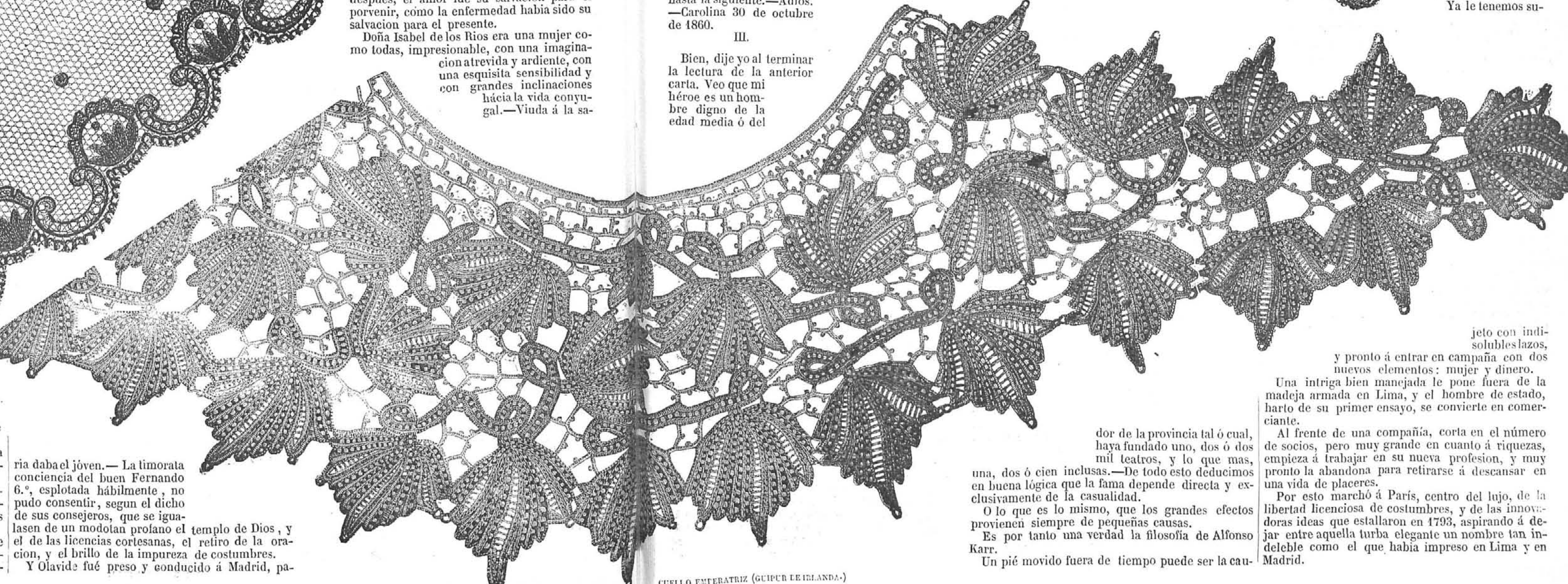
Querdo Eduardo: No quiero que critiques mi pereza y continúo con Olavide.

Ya le tenemos sujeto con indisolubles lazos, y pronto á entrar en campaña con dos nuevos elementos: mujer y dinero.

Una intriga bien manejada le pone fuera de la madeja armada en Lima, y el hombre de estado, harto de su primer ensayo, se convierte en comerciante.

Al frente de una compañía, corta en el número de socios, pero muy grande en cuanto á riquezas, empieza á trabajar en su nueva profesion, y muy pronto la abandona para retirarse á descansar en una vida de placeres.

Por esto marchó á París, centro del lujo, de la libertad licenciosa de costumbres, y de las innovadoras ideas que estallaron en 1793, aspirando á dejar entre aquella turba elegante un nombre tan indeleble como el que habia impreso en Lima y en Madrid.



CUELLO EMPERATRIZ (GUIPUR DE IRLANDA.)

© Biblioteca Nacional de España

El lujo inteligente y bien combinado de su casa, atrajo en primer lugar á todas las notabilidades españolas, que residian en la corte francesa: despues á la parte mas culta y mas superficialmente enciclopédica de su nobleza, y por último á los poetas y filósofos, que eran entonces los reyes de Francia.

(*Se continuará.*)

HOJAS SUELTAS.

VIAGES LIJEROS ALREDEDOR DE VARIOS ASUNTOS

POR

José Selgas y Carrasco.

(Continuacion.)

El pueblo mas curioso de España es indudablemente Madrid; pero ¡ah! no es el pueblo mas limpio.

La curiosidad tiene el oido fino y la mirada pronta. Es fácil sorprenderla alguna vez detrás de una puerta ó debajo de unas persianas.

Dicen los escépticos:

El principio de la sabiduría es la duda.

Dice la fé:

El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

Digo yo:

El principio de la sabiduría es la curiosidad.

Si bien se examina, no existe diferencia ninguna entre el mas sábio de los hombres y el mas frívolo de los mortales.

¿Qué hace el sabio? averiguar.

¿Qué hace el curioso? saber.

Mas trabajo cuesta sorprenderle un secreto á una familia, que sorprendérselo á la naturaleza.

Newton, cuyo nombre resuena por todos los ángulos de la ciencia, consumió su vida averiguando los ocultos resortes del movimiento universal.

Como un niño delante de un reloj, pasó veinte años de su vida delante del universo, buscando el secreto de su marcha uniforme y magestuosa.

Ningun interés tenia el universo en ocultarlo.

Era tan fácil saberlo, que una vez descubierto, la ciencia pasmada no puede esplicar cómo no se habia sabido antes.

Newton, sin embargo, es un grande hombre.

Veamos ahora el reverso de la medalla.

Nos hallamos en presencia de un hombre cuya celebridad no pasa del estrecho recinto de un café, cuya fama no se extiende mas allá del círculo murmurador de una tertulia, y cuyo crédito, en fin, se halla estancado en esos remansos que en medio de las corrientes de la vida forman unas cuantas familias desocupadas.

Este hombre que escudriña los rincones de las casas, como los sábios las páginas de los libros, ha penetrado en la misteriosa oscuridad de un gran secreto.

Debemos oirlo con verdadero asombro.

Aquella jóven rubia ó morena, alta ó baja que llama la atencion por sus estravagancias ó por sus trages ó por sus amantes ó por sus palcos, parece mentira, esa mujer no es hija de su padre.

Es preciso decirlo, Newton no hubiera descubierto jamás este profundo arcano.

Se necesita mas genio, mas audacia, mas golpe de vista, mas datos, mas estudio y mas penetracion para averiguar que una criatura no es hija de su padre, que para descubrir la gravitacion universal.

Y sin embargo Newton es un sábio y el otro no es mas que un curioso.

Esto es injusto.

El imperio chino arrojado ahí en medio del mundo no ha sido hasta ahora mas que un secreto impenetrable á la curiosidad de Europa.

Era la casa del vecino, cuyas persianas siempre caidas, cuyas puertas siempre cerradas nos tenian en una humillante ignorancia.

Tributemos aquí á los chinos el homenage de nuestra imparcialidad.

No podian menos de ser verdaderos hombres de campanillas, los que han sabido sustraerse por espacio de tantos siglos á la impertinente curiosidad del mundo.

La curiosidad tiene tambien sus mártires. ¡Cuántos curiosos no han lavado con su sangre las calles de Madrid en dias de revolucion!

La curiosidad, como el hambre, es mas viva cuando menos tiene con que satisfacerse.

Por eso un dia sin acontecimientos puede considerarse por los economistas como un dia sin pan.

Los habitantes de Madrid deben hacerse esta reflexion desconsoladora:

«¡Un dia hermoso, una noche serena, calles anchas, plazas pequeñas y grandes, paseos espaciosos, muchos palacios, infinitos cafés, siete teatros, coches, templos, la bolsa, el senado, el congreso, trescientas mil almas juntas, y no sucede nada!»

«Quién no se fastidia?»

Por eso todo el mundo pregunta: «¿qué hay?» y todo el mundo contesta: «no sé.»

El deseo de saber y la ignorancia luchan en los sitios públicos y en las casas particulares sin poderse vencer.

Curiosidad: hé aquí un secreto.

Curiosidad es la que impulsa á un botánico á saber lo que pasa en la vida íntima de las plantas.

Curiosidad es la que levanta los ojos del astrónomo y le hace expiar escondido detrás de un telescopio los movimientos de los astros.

Curiosidad es la que lleva al naturalista á observar los instintos de los animales.

La curiosidad ha inventado la historia, los viages, el microscopio, las persianas, el telégrafo, los lentes y las noticias.

En el amor hay lo menos dos terceras partes de curiosidad.

Detenerse á reflexionar delante de un pensamiento, es una cosa semejante á pararse en una esquina para oir la conversacion de los que hablan cerca de ella.

Las miradas no son mas que preguntas.

Dos que hablan al oido no son mas que los términos de un problema cuya incógnita tratamos de averiguar.

En vuestras desgracias y en vuestras felicidades, haced esta cuenta de las personas que vayan á visitaros:

Dos van porque os estiman, cinco porque no os aborrecen, diez porque os necesitan y veinte por curiosidad.

(*Se continuará.*)

—10—

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Solo con nosotros.

Roman permaneció un instante mas pensativo y sombrío que nunca. Luego alzó la cabeza y mostró el rostro que estaba pálido como la cera. Sin embargo de eso, el infeliz tenia fiebre.

—¡Dios mio! murmuró por última vez con voz cavernosa.

En aquel momento dieron las cinco en el reloj que como hemos indicado estaba pendiente de la pared.

El tio Geromo se levantó como si le hubiesen movido con un resorte, se acercó al hijo de Marta y poniéndole la mano sobre uno de sus hombros, se alejó de allí *pronunciando estas palabras por via de despedida:*

—Por fin se ha convencido. Adios, muchacho; dentro de veinticuatro horas seremos hombres de pró.

Roman cayó desplomado sobre su asiento diciendo á su vez.

—Voy á entrar de lleno en el camino del crímen; que el infierno me auxilie, ó que Dios se compadezca de mí!

XI.

LOS CINCO MILLONES.

Las veinticuatro horas á que se refiriera el tio Geromo, habian ido deslizándose lentas y silenciosas, sin que nadie apareciese por el interior de la cabaña donde Roman y el *licenciado* habitaban juntos hacia mas de un año. Verdnd es que esta soledad y abandono en que á la sazon se encontraba el edificio aquel, habíase prolongado *durante algunos dias.*

Era casi de noche; por todas partes solo podia descubrirse una inmensa sábana de nieve que oprimia la tierra, los árboles y los montes circunvecinos. La naturaleza parecia reposar en un sueño de muerte. No se divisaban hombres, ni pájaros, ni aun siquiera la huella de los animales de caza que generalmente solian andar por aquellos sitios. Todo estaba desierto, todo llenaba el alma de profunda melancolia.

Y sin embargo, tres viajeros, el uno á caballo y los otros dos á pié, embozado el primero en su capa y los dos restantes envueltos en sus mantas, se iban acercando con lentitud al lugar donde la cabaña estaba construida. El ginete contemplaba con cierto recelo aquellos parages solitarios, y de vez en cuando fijaba sus ojos en los rostros de sus acompañantes. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de alta estatura, de aspecto elegante y distinguido, y que por una coincidencia singular se asemejaba mucho á uno de sus guias. Este guia no era otro que el hijo de Marta.

El viaje, sinó demasiado largo, cuando menos debia haber sido bastante penoso. Los tres daban muestras de hallarse muy fatigados, y sin duda deseaban descansar, particularmente el primero.

Cuanto dicen ustedes que dista de aquí su cabaña? preguntó dirijiéndose á Roman.

El tio Geromo que era el otro de los guias, se apresuró á contestar finjiendo, como lo habia hecho durante todo el dia, una humildad y una dulzura dignas de un hombre mas honrado.

—Poca cosa, señor; dentro de un rato tendrá V. un buen fuego y una buena cama. Podrá dormir con tranquilidad, y mañana continuaremos nuestro camino á Pamplona.

—Habeis dicho que no hay por aquí ningun pueblo inmediato ¿no es cierto?

—No señor, no hay mas que algunas cabañas de leñadores.

Mi hijo y yo conocemos muy bien el terreno.

—Dice V. que ese jóven es su hijo?

Roman guardaba un obstinado silencio, silencio que tal vez habia infundido algunas sospechas en el ánimo del viajero.

—Responde, muchacho, dijo entonces el *licenciado* conociendo lo que estaba pasando; habla y no seas mudo, que este señor nos pagará generosamente el trabajo que ahora te estás tomando. Mañana, cuando estemos en Pamplona y hayamos tomado nuestra gratificacion, ya verás, ya verás el regalo que compramos para tu novia.

Y como viese la terrible impresion que causaban sus frases en el alma de Roman; añadió encarándose con el ginete.

Perdónele V., señor; es un tontuelo que no hace mas que pensar en sus amoríos. Creee que la novia le habia de querer solo por su buena cara, y como no es ambicioso piensa que las mujeres no gustan como él de regalos y de chucherías.

En este momento llegaron á un sitio desde el cual se descubria á lo lejos la cabaña que estaba toda cubierta de nieve.

Aquel edificio habia sufrido una notable transformacion.

No era la casuca miserable ruinosa de antes. Su cubierta no la constituia una enredada madeja de cañas, ramas de árboles y trozos de pizarra. Parecia mas alta y mejor construida; su puerta y dos ó tres ventanas eran nuevas y sobre su techumbre, cubierta de tejas, alzábase una blanca chimenea que habia reemplazado al agujero por donde en otro tiempo se solian escapar trabajosamente las densas y azuladas espirales de humo.

—Es aquella vuestra casa? preguntó el viajero deteniendo un momento su caballo.

—Sí señor, contestó el tio Geromo.

—Me parece demasiado buena y demasiado cómoda.

Evidentemente el viajero sentia surjir en su interior algun triste presentimiento que no le era dado formular.

Pero el tio Geromo acudió al instante con la misma finjida candidez de que se habia revestido, y replicó con el mayor aplomo:

—Le parece á V. que peca de buena, siendo como es de unos pobres leñadores?

—Sí, hombre sí; dijo el viajero afectando á su vez cierta tranquilidad y cierta confianza que no sentia.

—Pues ahí verá V., prosiguió el tuerto acercándose al caballo. Aquí para los dos, en todos estos alrededores cada cual procura ganarse un pedazo de pan de la mejor manera posible. Estamos cerca de la frontera y lo que allá vale dos aquí vale cuatro. Se hace algun viajecillo...

—Comprendo, replicó el viajero un poco mas conforme. Es que os ocupais en introducir contrabando.

—Justamente; pero es una bicoca, señor; yo hubiera hecho mas negocio si á mi hijo no le repugnase todo lo que sea ganar la vida con un poco de exposicion.

En aquel instante y cuando ya los tres se hallaban á doscientos pasos de la casa, los árboles comenzaron á estremecerse sacudiendo sus blancas y artificiales cor-

© Biblioteca Nacional de España

tezas, mientras el huracan comenzó á rugir y á barrer impetuoso las faldas de los montes.

—Ya era tiempo ¡vive Dios! exclamó el tio Geromo apoderándose de las riendas del caballo; ya era tiempo de que pudiésemos guarecernos debajo de techado. El cierzo comienza á hacer de las suyas, y si hubiéramos de tardar un cuarto de hora no sé lo que seria de nosotros.

El tio Geromo tenia razon al decir esto: el aire, alzando en masa copiosas cantidades de nieve, y arrollando en su caida la que se desprendia de lo alto, formaba con una y otra espesos y revueltos torbellinos, con los cuales azotaba los rostros de nuestros caminantes cegándolos y envolviéndolos en un helado sudario que les oprimia y les fatigaba de una manera insufrible.

El viajero aturdido, casi aterrado, se dejaba conducir por losque le guiaban, arrepintiéndose tal vez de la imprudencia que habia cometido. Así fué que su corazon se ensanchó al oir gritar al tio Geromo, que acababa de abrir la puerta de la casa:

—Ya estamos en salvo.

Cuando Roman encendió luz y pudo verse el interior de la cabaña, cualquier observador que hubiese estado ntes en ella, hubiera notado una trasformacion todavía mas completa que la que se advertia en el esterior. Las paredes estaban enlucidas, el miserable fogon se habia convertido en un hogar cómodo y espacioso, y la cueva que estaba al mismo nivel del suelo, era ya una bonita alcoba cuyo ingreso lo cubria una cortina de percal blanco. Una segunda alcoba, construida recientemente y en la cual se veia un lecho bastante cómodo y aseado, constituia otro otro nuevo departamento. Junto al hogar habia un escaño con mesa levadiza, y el resto del mueblage se componia de unas cuantas sillas y algunos utensilios de cocina.

—Vamos, muchacho, dijo el tio Geromo encarándose con Roman; enciende una buena fogata para que este caballero pueda secarse y nosotros tambien; que harto lo necesitamos. En el ínterin, yo sacaré de las alforjas la provision que hicimos en el último pueblo, y cenaremos en amor y compañía, si este señor no se opone.

—Por mi parte, repuso el viajero, no tengo gana: podeis cenar cuándo y cómo gusteis.

—Al menos, insistió el *licenciado*, no dejará V. de echar un trago para confortarse. Yo tengo en mi alacena un par de botellas de vino rancio que está diciendo beberme.

—Gracias, volvió á decir el desconocido; me contentaré con darme un buen calenton porque no acostumbro á beber.

—Como V. guste, contestó el tio Geromo encojiéndose de hombros.

En aquel momento este hombre avezado á los crímenes, educado en la horrible escuela del presidio, hubiera querido de buena gana estrangular al hijo de Marta por el obstinado silencio que continuaba guardando, y que tal vez hacia renovar incesantemente las impresiones de duda y de temor que asaltaban al viajero.

—Vamos, hijo, exclamó sin poder contenerse; ya que seas mudo, al menos que no seas manco como yo.

—Dice V. bien, contestó Roman hablando por la vez primera, y apresurándose á encender un buen fuego; estaba pensando, añadió, en el regalo que mañana hemos de comprar.

—¿Cómo se llama tu novia? le preguntó el que segun el tio Geromo debia ser un marqués.

Roman vaciló un momento y contestó:

—Celsa.

—Bonito nombre, observó el viajero.

La conversacion giró durante mas de una hora sobre una porcion de cosas indiferentes.

El desconocido no daba muestras de querer acostarse. El tio Geromo debia sentirse consumido por la impaciencia.

—Tenemos una cama limpia y aseada, decia.

Mas como viese que aquel hombre no desechaba sus recelos, y que por la abertura de uno de sus bolsillos asomaba la culata de una pistola, trató de apelar á su astucia; y exclamó con cierto aire de dignidad.

—Si no hiciera una noche tan infernal propondria una cosa.

—Cuál? preguntó el viajero.

—Que dejáramos nuestra pobre casa y nos fuéramos al pueblo que está mas cercano. Tres leguas con un caballo como el que V. tiene y con las buenas piernas que nosotros tenemos, se andan en muy poco tiempo.

—¿Y por qué habiamos de hacer lo que V. propone?

—Porque... porque... la verdad, señor, nosotros somos unos pobres diablos, y á pesar de esto tenemos un poco de orgullo.

El tio Geromo hablaba en un tono tan compungido, tan sencillo y tan humilde á la vez, que cualquiera hubiera dicho efectivamente que no era mas que un pobre diablo lleno de años y de honradez.

—¿Y á dónde vamos á parar con todo eso? preguntó otra vez el viajero.

—A que... ¿por qué no decirlo? á que me parece que tiene V. desconfianza de nosotros.

El golpe habia ido certero y el desconocido se puso de pié.

—Voy á recostarme, dijo; voy á echarme vestido, y mañana cuando se haga de dia seguiremos nuestro viaje á Pamplona.

El tio Geromo dirijió entonces una mirada infernal al hijo de Marta.

—Sí, sí, dijo este levantándose y descolgando una luz; duerma V. bien, y hasta mañana.

—Hasta mañana, respondió el viajero, colocando sus pistolas bajo la almohada y acostándose vestido segun lo habia indicado.

El tio Geromo levantó un poco la cortina que cubria el ingreso de aquella alcoba.

—Y ahora, dijo á Roman en voz alta, vamos á ver si damos una cabezada; que á mis años se necesita un poco de reposo.

Tan pronto como uno y otro se introdujeron en la segunda alcoba, construida donde antes estaba la cueva, el viajero saltó de su cama con la rapidez del rayo y abriendo con cuidado una ventana midió la distancia que le separaba del suelo y pareció quedar un poco mas satisfecho. La noche seguia siendo borrascosa, pero á pesar de esto, en un trance apurado no le era imposible escapar.

Despues de hacer aquellas indagaciones volvió á acostarse con el propósito sin duda de no quedarse dormido.

El tio Geromo habia estado observando todo lo que el desconocido acababa de hacer.

(Se continuará.)

—12—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Aunque muy contrariado, sir John no puso en duda la veracidad de lo que habia oido; aquellos dos nombres aristocráticos habian caido como dos gotas de aceite sobre la herida que le acababa de hacer la negativa del doctor Yorke. ¿Se habria mostrado tan tratable si los enfermos se hubiesen llamado Juan ó Pedro?

—En ese caso podreis recomendarme algun buen médico de estas cercanias, dijo sir John al cabo de un segundo de reflexion.

El doctor se restregó la frente con violencia, clavó los ojos en el suelo como si hubiese estudiado un mapa y respondió.

—A fé mia os aseguro que ni en diez millas en contorno, ni en toda la Riviera, conozco uno que pueda compararse con el doctor Antonio.

—Vuelta con el doctor Antonio, exclamó sir John en el colmo de la ira; cualquiera menos él.

El doctor Yorke apeló á su caja de tabaco.

—Es que los hombres como ese... doctor italiano no abundan, dijo el facultativo; podria ser inglés, ya sabeis cómo habla inglés, seguramente deberia ser inglés. No hay duda que su aire y sus modales son de un extranjero, y no me sorprende que os parezcan chocantes; sin embargo, miss Davenne, nuestra primera consideracion en todo esto, parece estar contenta con él.

Aquí el doctor Yorke se habia detenido con intencion esperando sin duda una respuesta; sir John, aunque á pesar suyo, tuvo que hacer una señal de asentimiento.

—Punto importante, prosiguió el doctor, un enfermo satisfecho; esto vale el sacrificio de una impresion desagradable, sir John... Vamos, á mi juicio, lo mejor que habria que hacer seria reconciliarse con ese... doctor italiano y suplicarle que continúe haciendo sus visitas.

—¡Que continúe sus visitas! exclamó el baron á punto de entrar en furor, aunque se detuvo á tiempo, comprendiendo que un hombre como él no debia entregarse á un arrebato vulgar en presencia del doctor Yorke que podia vengarse hablando de él á sus amigos de Niza.—¡Pedirle que vuelva despues de lo que ha pasado! ¡Exponerme á la humillacion de una negativa! ¡Rebajar mi dignidad con ese personaje extranjero que Dios confunda!...

—Vamos, vamos, dijo el doctor Yorke con un tono conciliador, ¿quién os habla de humillaciones? ¿Soy hombre yo que pueda aconsejar semejante cosa á sir John Davenne? ¿Y si puedo yo arreglar este asunto á gusto de todos, yo solo, sin intervencion vuestra? ¿Y si os respondo de que la proposicion que he sugerido será aceptada con... gratitud?

La palabra «gratitud» soltada en el calor de la argumentacion hizo mas por el triunfo de la diplomacia del doctor Yorke que toda su elocuencia. Sir Johh se volvió á encontrar colocado como por encanto sobre su pedestal. Su superioridad, el honor que resultaba de las relaciones que podian tener con él se confesaban categóricamente, y la interioridad de su adversario se admitia implícitamente. El doctor Yorke vió la ventaja que acababa de alcanzar, y supo aprovecharse de ella con mucho tacto.

Sir John al cabo de una resistencia de pura fórmula, se dulcificó y dió plenos poderes á su compatriota para negociar la vuelta de Antonio, pero con una condicion: el doctor Yorke debia declarar en principio que habia cargado con la responsabilidad de atestiguar de parte del italiano, que el doctor Antonio no habia tenido intencion de ofender á nadie. Convenido este punto, el plenipotenciario medical, despues de echar una mirada al sol, tomó una sombrilla y salió en busca del doctor Antonio.

El doctor Antonio se habia vuelto á su casa, donde su colega le encontró armado de un florete y batiéndose como un desesperado contra un enemigo imaginario, representado entonces por una de las paredes de su sala.

—¡Buen modo de ahuyentar el tedio! buen ejercicio, aunque un poco fatigoso con este calor, dijo el doctor Yorke.

—No hace calor, repuso Antonio; aqui se respira un fresco muy agradable.

—¡Dios mio! permitidme que cierre esta ventana, estoy inundado de sudor.

Y cerrada la ventana se dejó caer en una silla rendido de cansancio.

—Mucho es de agradecer el que hayais venido con este sol, exclamó Antonio; ¿qué quereis tomar? ¿Una copa de Jerez, ó un poco de vino caliente, ya que estais sudando?

—Vino no, un poco de limonada, amigo mio... ¡Oh! estas sillas no son muy blandas, dijo el doctor Yorke echándose aire con su pañuelo.

—¿No estais bien? preguntó Antonio; ¿y cómo habeis dejado á miss Davenne? añadió estrujando un limon fresco en un vaso.

—No soy de piedra como vos, respondió el doctor Yorke, y por eso no la he visto antes de venir aquí; no he tenido valor para decirla que la habiais abandonado.

—¡Pobre niña! dijo Antonio con un sentimiento que seguramente no procedia de un hombre de piedra; dulce como un cordero y razonable como pocas.

—Sí, dijo el doctor Yorke friamente, habeis tenido tiempo para reconocer todo eso.

—Me echará de menos, sin duda alguna.

—Es claro; ¿y el pobre sir John? tambien hay que tenerle lástima; nunca he visto un hombre mas apurado.

—¿Y por qué? preguntó el italiano revolviendo el azúcar en el vaso de limonada.

—No hay peor sordo que el que no quiere oir. La abandonais y yo no puedo quedarme; ¿qué vá á ser de su hija?

—¿No podeis quedaros?

—Imposible; esta tarde debo volver á Niza, porque tengo allí muchos enfermos.

—¡Qué contratiempo! suspiró Antonio; lo siento mucho por la niña. En cuanto á su padre, que es un viejo amasado en orgullo, recibe la leccion que merece. Nunca he visto una momia mas seca, mas arrogante, ni mas testaruda.

El doctor Yorke bajó la cabeza para resguardarse de aquella andanada de epítetos.

—Aun cuando su hija hubiera sido una hermana mia, no habria podido hacer mas por ella, repuso Antonio. ¿Y qué pago me ha dado? No he encontrado en él mas que oposicion, desconfianza, insolencia, y no sé qué otras cosas.

—Hay que perdonarle, mi querido colega, interrumpió con suavidad el doctor Yorke. La fuerza de la costumbre, la nobleza, ya sabeis que es una de las primeras familias de la Gran Bretaña.

—¿Qué me importa á mi eso? exclamó Antonio exaltándose. Que toda la Inglaterra le rinda culto, á mi no me concierne hacer lo mismo. Yo estoy hecho á la imágen de Dios como él, y no me considero menos. Los ingleses sois una raza orgullosa; está bien, yo tambien soy orgulloso y me gustan las personas que conocen lo que valen. Pero un orgullo noble, el que se funda en la conciencia del mérito propio, ¿excluye el respeto y la dignidad de los demás?

—No, seguramente, repuso el doctor Yorke con las manos cruzadas sobre el chaleco y dando vueltas á sus dedos pulgares, primero en un sentido y luego en otro.

—Me parece que un poco de urbanidad, repuso el italiano, de esa urbanidad que se conceden entre si aun los hombres que son enteramente extraños, era lo menos que me debia, en vista de la posicion en que nos hallábamos colocados respectivamente, si ese hombre hubiera tenido un átomo de corazon ó de sentido comun. ¿No me debia á mí un favor? ¿Y yo qué le debia á él? Es verdad que fuí muy tonto; debia no haber tocado á la pobre estropeada sin haber pedido permiso á ese potentado inglés. Cuando le veais le suplicareis que me perdone, y podeis asegurarle que no pecaré mas de esa manera. ¡Oh! estoy bien decidido; en adelante; ya pueden romperse las piernas todas las ladies de la Gran Bretaña, que no iré yo á socorrerlas.

El doctor inglés dejó al italiano que se desahogara, y luego le dijo con malicia:

—Pero, amigo mio, nada decis de la jóven; ¿tambien se ha portado mal con vos?

—¡Oh! no, ¡pobre niña! dijo Antonio calmándose de repente; desde un principio se mostró afable y reconocida.

—Pues entonces, continuó el ingles, ¿por qué quereis

© Biblioteca Nacional de España

cargar con los pecados del padre á la inocente criatura?

Antonio guardó silencio.

—Está bien, prosiguió el doctor; comprendo vuestro silencio. La cuestion para mí es la siguiente: ¿quién cuidará á miss Davenne? Vos no quereis, y yo no puedo.

— No faltan facultativos, repuso Antonio con una sonrisa forzada; hay uno en Ventimiglia y otro en San Remo. Ya he dado sus nombres y sus señas á sir John Davenne.

—Ya sabeis que ni uno ni el otro sirven para el caso. Sí, miradme cuanto querais; ya sabeis que el caso de miss Davenne exige una habilidad de mano que no poseen esos señores, y una atencion y unos cuidados que solo puede dar una persona que habita cerca. Ahora bien, añadió el doctor con mucha intencion: ¿qué diriais si esa jóven se quedara coja para toda su vida?

—Dios no lo quiera, exclamó Antonio con terror.

—Vamos, prosiguió el doctor Yorke, decid una palabra, y sacad á un buen amigo de un apuro.

—¿Qué apuro es ese? preguntó con sorpresa el italiano.

—Debeis conocer que á pesar de mis compromisos en Niza, que de veras son muy importantes, no puedo decentemente dejar al padre y á la hija en la posicion en que se hallan y en pais extranjero.

—¿Debo comprender, preguntó Antonio despues de una pausa, que venis de parte de sir John?

—Naturalmente.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ

Nuestra poblacion se agita y bulle con un ardor del que jamás hemos visto ejemplo. Las comisiones de festejos no descansan, las reuniones menudean, los partes telegráficos se cruzan en todas direcciones, y apenas basta á satisfacer la premura toda la inconcebible rapidez de la electricidad; los operarios corren desalados atropellando á los transeuntes; por todas partes y á todas horas se oye el ruido de los martillos y el rechinar de las sierras; se trazan obeliscos, se apilan tablas, se levantan andamios, y los pucheros de los pintores amenazan por do quiera al ahuecado trage de la apuesta dama y á la veraniega levita del caballero.

Hay otra region en la que este universal movimiento, sin dejar de ser tan vivaz y tan animado en su esencia, cambia de carácter y se hace harto mas peligroso. Por esta última palabra se comprenderá que queremos hablar de los almacenes de géneros de moda, y de los talleres donde se confingen para tomar la forma de vestidos. Amontonándose en las vidrieras mil tentadores objetos, el mostrador no basta á contener las ricas telas que se solicitan y escojen, las damas se apiñan y aguardan impacientes su vez, se aburren, interpelan, hacen revolver los estantes, y cada cinta, cada flor, cada vara de encage, son objeto de discusiones mas animadas que las que pudieran ser las de un congreso político en asunto de alto interés para el pais.

Los resultados de estas controversias son siempre los mismos, salvas rarísimas escepciones; se discute enérgicamente y hasta con encarnizamiento acerca del precio, porque esa es una necesidad inherente á la organizacion mujeril; pero como esto entra de hecho en el cálculo del que vende, resulta que sin mengua de sus intereses cede el terreno palmo á palmo, y al cabo pasa á nuevas manos su mercancía, trocada á moneda de buena ley ó á billetes de banco. En este trato ámbos quedan contentos; pero hay una tercera persona, que directamente no interviene, y esa es la que no suele quedarlo mucho, porque es la persona que en último término ha de pagar el gasto. Pase si tiene con qué: entonces del mal el menos.

Fácilmente se habrá comprendido la causa de esta animacion, inusitada por lo escesiva. Nuestra adorada reina se propone visitar muy en breve estas tierras andaluzas, que no conoce, que no ha pisado jamás, y este es un objeto harto grande y harto d gno, que suficientemente explica todo el porqué de ese febril ardor, de esa sobrescitacion de nuestro pueblo. La fama de espléndida belleza de que goza nuestra risueña Andalucía, no es pos'ble que haya dejado de llegar á los oidos de la real señora que hoy ocupa el trono español; pero esta fama no es sola, tiene tambien la de lealtad y amor á su reina, y todas las poblaciones que comprende esta rica porcion de sus dominios, consideran como punto de honra el que aquella fama no se vea desmentida en ocasion tan solemne. De aquí esa noble emulacion que en todas se despierta para recibir dignamente á sus reales huéspedes, y para ofrecer á los piés del sólio el homenaje de sus corazones. No es, por tanto, esta una recepcion oficial, una mera ceremonia de palacio mas ó menos solemne, es la acojida afectuosa y espontánea que hacen á una madre tierna y espansiva unos amantes hijos.

En vista de esto, así como atendiendo á lo que se anuncia y se observa por todas partes, no podemos dudar de que la estancia en Cádiz de la real familia ha de ser fecundísima en fiestas dignas y suntuosas, realzadas por la pureza del sentimiento unánime que las dicta.

A su tiempo nos ocuparemos de ellas.

Debemos ahora decir algo de teatros, como asunto casi indispensable de una revista local.

La excelente compañía de la que era director el Señor Arjona ha concluido sus tareas, dejando gratísimos é inolvidables recuerdos en los aficionados al arte en Cádiz. Los nombres de Arjona, de la Adela Alvarez, de Rosa Tenorio, de Victorino Tamayo, de Cármen Fenoquio, de Benetti, de la jóven Carolina Fernandez, de Albalat, y de otros artistas apreciabilísimos, será siempre aquí citado con placer, si bien mezclado con algo de pena, porque no será muy fácil el ver remplazados á tantos excelentes actores.

La compañía no concluyó de una vez y con trueno gordo, como castillo de fuego; fué desapareciendo poco á poco, como los cuadros disolventes de la fantasmagoría. Primero un actor ó dos, luego otro y otro tomaron el camino, hasta el punto de que, siendo imposible hacer funciones con el escaso personal, resto de la ya mermada compañía, hubo que recurrir al auxilio de otros actores, restos á su vez de la difunta del Balon. Esto no impidió que se llenase el último abono sin menoscabo de los intereses del público.

Entre las últimas funciones puestas en escena, ya se supone que no eran posibles las novedades: sin embargo, bogó su remo sin obstáculo, y hasta con fortuna, el conocido drama titulado *Las travesuras de Juana*, cuya protagonista estuvo á cargo de la jóven señorita Carolina Fernandez, cuyo celo y buen deseo de aprender fueron premiados con no escasos aplausos. El papel de Juana, por mas que sea un imposible carácter, y por mas que, si en efecto pudiera existir, fuera, no el de una jóven educada en un convento, sino el de un cabo de dragones, ofrece en la escena para muchos cierto atractivo, nacido acaso de su mismo absurdo; porque si bien estamos seguros de que solo algun estravagante osaria tomar por esposa á aquel marimacho, muy capaz y con muy sobrados brios para dar á su consorte media docena de bofetadas, siquiera el tal fuese tan bárbaro como Estizaferro, y tan hosco como el gobernador de Nápoles, al cabo en aquella misma improbable osadía hay mucho de extraordinario, y por consecuencia de interesante.

Para que nuestra revista de hoy acabe en tragedia, y con ocasion de estarse levantando, segun las señas, una plaza de toros sobre las ruinas de la anterior, diremos que á los aficionados de aquí ha afectado profundamente la horrorosa muerte en el redondel de la plaza de Huesca de un picador, el cual ha venido á aumentar el ya considerabilísimo número de las desgracias de esta especie acaecidas de poco acá. A fuer de prójimos hay que sentir á un prójimo, y mas si muere tan desastradamente; á fuer de aficionados, los que lo son se alarman, considerando que su aficion está muy espuesta á perecer por falta de alimento, toda vez que el piton homicida vá dando larga cuenta de los diestros que quedaban, y que ya no eran muchos. Ninguna verdadera notabilidad del arte empuña hoy la espada, la muleta ó la pica; ningun génio se descubre en lontananza que reemplaze á Paquiro, y sus discípulos son segados en flor; los toros, además, parece como que van ilustrándose, y conociendo sus propios recursos no se dejan matar tan impunemente como hasta aquí; buscan el bulto de su verdadero enemigo; saben ya hacer distincion entre la capa y la persona, entre el caballo y el hombre. ¿Quién puede con toros que han entrado en esa vía de ilustracion? El porvenir del toreo se presenta, por tanto, poco satisfactorio.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de tafetan negro, gran albornoz violeta de paño de Viena. Dos anchas tiras de guipur negro, terminadas en triángulo adornado con tres borlas, están puestas sobre cada hombro, suben hasta el cuello, se repliegan, bajan á la espalda rectamente se cruzan y continúan sesgándose un poco hasta el borde del albornoz, terminando á unos 10 centímetros de él. Sombrero de paja de Italia guarnecido de terciopelo negro y de adormideras encarnadas.

Vestido de señorita jóven. Trage de tafetan gris con rayitas grises. La enagua está guarnecida con un volante encañonado de 5 centímetros de ancho, y sobre él una cinta azul. Una tira del mismo color, cubierta en su medio con un entredos de guipur negro ó de sobrepuesto, está colocada detrás del cuello, donde forma una punta pequeña; vuelve por delante sobre el corpiño liso y montante del trage, pasa por encima del talle, cruza detrás, y cae en dos largos cabos; una tira semejante, pero mas estrecha, guarnece el borde de la manga, casi estrecha, y forma un lazo sobre el brazo mismo; el borde de esta manga se guarnece con un volante encañonado de 3 centímetros de ancho; mangas interiores de muselina blanca, con puño flojo. Cuello pequeño derecho. Corbata azul. Sombrilla del mismo color.

LOGOGRIFO.

El nombre del logogrifo
que hoy os traigo de refresco,
es el de un poeta célebre
del siglo décimo sétimo;
si digo mas, es muy fácil
lo adivineis harto presto.
Ocho letras le componen,
y con ser tan pocas, creo
que en palabras combinadas
darán noventa lo menos.
Contad: tres signos de música,
un patriarca celebérrimo,
otro qne nunca murió,
con lo que se mide el tiempo,
cosa con la que se pesca,
lo que hay en todo convento,
bebida espirituosa,
animal sabroso y feo,
laguna donde habitaba
fabuloso mónstruo horrendo,
un metal, flor olorosa,
madera estimada, puerto
de la cantábrica costa,
lo que hay en los tendederos:
un servicio militar,
piedra dura, animal fiero,
su hembra, ciudad de Murcia,
un sinónimo de perro,
célebre par de los doce,
lo que en los tejados vemos,
un título de nobleza,
todo aquello que por fuero
pertenece al propio título,
voz que dá sonido ageno,
moneda, rio de Rusia,
nombre de cierto becerro,
con lo que se cierran cartas,
quien toma lo de otro dueño,
parte de ave desplumada,
lienzo fuerte, otro que es menos,
un legislador de Atenas,
un antiquísimo pueblo
célebre en todas las ciencias,
época, signo aritmético,
una de las doce tribus,
un animal alimento,
comida que aun hacen muchos,
rio de Italia, un pellejo,
un delincuente, península
que está junto al chino imperio,
ley musulmana, tumor,
nave, producto del puerco,
un color, baile andaluz,
lo que no es propio de Enero,
lo que tienen los cometas,
mujer privada de seso,
de ciertas muelas el nombre,
forence procedimiento,
corporacion eclesiástica,
otra que es de caballeros,
plaza de Africa, poesía,
mitológico barquero,
prólogo de una comedia,
un vino, un color de pelo,
sustancia animal, un mueble
donde se guardan efectos,
piedra blanca, flor con puas,
lo que tiene un alto precio,
una oracion, hortaliza,
producto de cierto insecto,
lo que hace el mar agitado,
lo que hace si está sereno,
negacion, padre de Abraham,
pelo duro, áspero y grueso,
ave de agua, tela fina,
animal de grandes cuernos,
arma antigua de defensa,
un ducado de otro tiempo
que ahora hace parte de Francia,
lo que es forzoso al flechero,
utensilio de cocina,
mal terrible y epidémico,
un soldado de á caballo,
mujer que pon a huevos,
y una produccion del mar
que es adorno rico y bello;
y aquí doy fin, aunque algunas
callo por no ser molesto.

Solucion del geroglífico anterior.

Una sola palabra á veces acarrea grandes males.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España